

PEDIATRIA SOCIAL

Los métodos de crianza. Análisis de su evolución y contenido histórico *

J. J. FERNÁNDEZ TEJEIRO**

RESUMEN: La crianza es una forma de alimentarse y nutrir, pero además es una asimilación de cultura. La evolución biológica se acompaña también de una evolución cultural. El autor hace un estudio de los métodos de crianza a lo largo de la historia y de la relación entre padres e hijos. El interés por el Niño es el interés por el Progreso. Los Derechos del Niño son un reto para toda la Humanidad. PALABRAS CLAVE: CRIANZA. ALIMENTACIÓN. CULTURA. EVOLUCIÓN CULTURAL.

NURSING METHODS. ANALYSIS OF ITS EVOLUTION AND HISTORICAL CONTENT (SUMMARY): Nursing is a way of feeding and nourish, but besides this is a culture assimilation. The biological evolution is also accompanied by a cultural evolution. The author make a study of different methods of nursing along the history and the relationship between fathers and sons. The interest about the Child is the interest about the Progress. The Children Rights are a challenge for all Mankind. KEY WORDS: NURSING. FEEDING. CULTURE. CULTURAL EVOLUTION

Entre las acepciones que el diccionario de la Real Academia Española asigna al vocablo CRIAR figura la de «nutrir y alimentar la madre o la nodriza al niño con la leche de sus pechos u otro modo» y añade «instruir, educar y dirigir», y completando la definición se habla de CRIANZA, como «la acción y efecto de criar». Con particularidad se llama así la que se recibe de las madres o nodrizas mientras dura la lactancia» y sigue «urbanidad, atención o cortesía: suele usarse con los adjetivos buena o mala».

¿Cómo llegamos a ser y ser de hecho, humanos? Desde el momento de nacer, el desarrollo orgánico del hombre, y des de luego, gran parte de su ser biológico

como tal, se encuentran sujetos a una continua y determinada interferencia social. Como dicen Berger y Luckman, se puede llegar a ser humano de una forma tan variada y tan numerosa como diferentes y variadas son las culturas del hombre, y esto sigue siendo válido hoy para las distintas matizaciones culturales, como a lo largo de la historia de la humanidad han sido las diferentes culturas las que han ido condicionando la crianza de los seres humanos.

Así, hoy nos encontramos que tan humana es la conducta de la madre que está dispuesta a amamantar a sus hijos con mucha frecuencia sin sujetarse a intervalos prefijados, como ocurre en sociedades pri-

* Conferencia de Ingreso en la Academia de Ciencias Médicas de Cantabria.

** *Peñatrua extrahospitalario. Torrelavega.*

mitivas selváticas, similares a las antiguas de cazadores-recolectores, como la de la madre de nuestro mundo occidental que dispone de una fórmula láctea suficiente sofisticada, adaptada, higienizada, el no va más de la dietética infantil, y que ofrece a su hijo cada 3 horas, con una pausa nocturna, y con una programación casi de computadora que la instruye en las pautas dietéticas. Y tan humana es una conducta como la otra, y la calificación de una buena o mala crianza dependen del contexto histórico y socio-cultural en que nos movemos: era bueno y óptimo el contrato de una buena nodriza en el continente europeo en el siglo XVII, o las fajaduras bien apretadas que se utilizaban en los niños durante su lactancia para evitar deformidades en sus miembros, e incluso hasta el castigo corporal, con el símbolo de la vara y el látigo, era aceptado complacientemente para domeñar la voluntad infantil y habituarles a la obediencia y sumisión a sus mayores.

Hay un hecho cierto: los seres humanos se adaptan a las sociedades en que viven. Quizás sea la especie, de hecho es la única, que habita en todos los lugares de la tierra, tanto en las zonas tórridas tropicales como en las heladas regiones polares, y del mismo modo el ser humano puede vivir en la máxima libertad como sometido a las cadenas de la esclavitud. Y así el niño en una sociedad occidental se acostumbra a las ausencias esporádicas de la madre que trabaja fuera del hogar, en cambio en una sociedad sencilla, lo natural, donde la madre trabaja sólo en el hogar y donde los lazos familiares siguen siendo lo más importante a lo largo de la vida es mejor un amamantar frecuente y según demanda.

Todo niño, aun en sociedades completamente distintas presenta al nacer unas características comunes: hay una carencia absoluta de conocimientos y una mínima

personalidad. Responde de alguna manera al medio ambiente, como cuando le asusta un ruido estrepitoso o tiene sensación de caída y también reacciona a la luz, a la situación cómoda y placentera y a la incomodidad tanto interna como externa, y mama en determinadas circunstancias. Durante cierto tiempo su mundo de tensiones, tras la experiencia traumática del parto, se centra en el hambre y otras funciones corporales, encontrando su alivio con la comida y la evacuación, por lo tanto sus primeras asociaciones con el medio, y con los otros humanos de ese medio girarán en torno a estas preocupaciones. De modo especial a la madre la va a asociar con el calor, la comodidad y la relajación de esas tensiones que implica el hambre. Y esto ha sido ayer, es hoy y será mañana.

Por otra parte es posible descubrir y se han descubierto cierto número de verdades universales acerca de la naturaleza infantil, verdades que se comparten en situaciones sociales diferentes, son rasgos infantiles que trascienden las distintas culturas y geografías y son muy evidentes tanto en el crecimiento físico como en el intelectual y en el desarrollo de la personalidad. Así todos los niños tienen dificultad para pronunciar ciertos sonidos y ciertas palabras difíciles, siendo bien conocidos los ceceos y los balbuceos de los principiantes, y de la misma forma los niños tienden a emitir frases y palabras de creación exclusiva, como cuando dicen: «*El gato andó, cuando yo vení*», en nuestro idioma, pero que existen en forma similar en otras lenguas. Todo esto parece ser de construcción propia infantil, por un sentido innato de la estructura del lenguaje, son frases de creación exclusiva, todo lo contrario de lo que es un lorito de repetición. Coinciden las investigaciones psicológicas modernas en que los niños pequeños estructuran su lenguaje con ciertos principios comunes.

Alcanzar el ser humano el desarrollo de su personalidad es el resultado de tres factores: por un lado el *elemento biológico heredado*, ligado a la constitución genética y al equilibrio endocrino, y de lo que aún es mucho lo que nos queda por conocer, en segundo lugar la *acción de la cultura y del medio ambiente*, a esto añadimos el efecto de las *experiencias personales* del individuo. Cada cultura prescribe ciertas formas convencionales de criar a sus infantes, pero aún dentro de una misma cultura y de la misma sociedad es muy improbable que dos niños conozcan las mismas experiencias.

Hay un relato de un indio apache actual que el investigador antropólogo Opler va informando de la instrucción que recibió durante su niñez:

En lo que alcanza mi memoria, siempre dirigieron mis actos mi padre y mi madre. Solían decirme: «No digas nunca palabra mala que no quieras te la dijieran a ti. Nunca te sientas enemigo de nadie. En los juegos con los otros niños, ten presente esto: No cojas nada que sea de otro niño. No le quites las flechas a otro muchacho porque seas mayor que él. No te apoderes de sus canicas. No robes a tus amigos. No seas adusto con tus compañeros de juego. Si ahora eres afable, cuando te conviertas en un hombre amará a tus semejantes.

Cuando vayas al río a nadar, no zambullas a ningún niño debajo del agua. Nunca pelees con una niña cuando juguéis chicos y chicas. Las muchachas son más débiles que los muchachos. Si riñes con ellas, tendremos disgustos con nuestros vecinos.

No te rías de los ancianos. Es lo peor que podrías hacer. No los critiques ni te burles de ellos. No te mofes de nadie ni ridiculices a nadie.

Este es tu campamento. Lo poco que aquí tengamos te lo puedes comer. No va-

yas a otros campamentos con otros niños en busca de comida. Vuelve a tu propio campamento cuando tengas hambre, y luego ve a jugar otra vez.

Cuando te pongas a comer, pórtate como los mayores. Aguarda hasta que te sirvan las cosas. No tomes pan o un trago o un pedazo de carne antes que los demás empiecen a comer. No pidas antes de la comida cosas que todavía se están cocinando, como hacen muchos niños. No quieras comer más de lo que necesitas. Procura mostrarte tan cortés como puedas; permanece sentado y en silencio mientras comes. No pases por delante de otra persona, ni gires a su alrededor para coger algo.

No entres corriendo en el campamento de otra persona como si fuera el tuyo propio. No corras por los alrededores del campamento de nadie. Cuando vayas a otro campamento, no te quedes parado junto a la puerta. Entra directamente, siéntate como una persona mayor. No te metas en agua de la cual hayan de beber otros. No salgas a coger o trabar caballos ni los montes como si te perteneciesen, del modo que acostumbran algunos niños. No tires piedras a los animales de otros.

Cuando venga un visitante, no vayas delante de él ni en su camino te cruces. No hagas travesuras mientras esté aquí. Si quieres jugar, levántate en silencio, pasa por detrás de él y sal por la puerta».

Analizando esto podríamos preguntarnos: ¿es tanto lo que nos separa a nosotros, hombres occidentales, de esta cultura apache que vemos elemental y hasta primitiva, o por el contrario es más lo que nos une esencialmente, prescindiendo de la tecnología que nuestra cultura ha ido desarrollando?

Harry Harlow, psicólogo, decía un tanto socarronamente, que cuando observaba el comportamiento de los alumnos de segundo grado en una excursión escolar, siempre se acordaba inevitablemente de

los movimientos juguetones de los monos jóvenes, pero en realidad, es que a la hora de la verdad en el desarrollo de la personalidad de los humanos tiene que pesar mucho más la carga cultural y las primeras experiencias de millones de años, generación tras generación, que esta carga técnica que aún es de ayer, casi de hoy, si consideramos la distancia que nos separa del Australopiteco o aunque sólo sean los 50.000 años de edad que tenemos como hombres Cro-Magnon.

Y mientras hemos ido evolucionando biológicamente hasta llegar a hoy, también hemos ido evolucionando culturalmente, y los seres humanos nos hemos ido criando unos a otros. Hay una experiencia muy conocida sobre el fenómeno de la impronta consistente en mantener en la más completa oscuridad a polluelos recién nacidos y alimentarlos a mano. Si este tratamiento continúa un tiempo prolongado, estos polluelos no aprenderán nunca a picotear o alimentarse por sí mismos. La diferencia de nuestra crianza como humanos consiste en que nuestro criar tal como define el diccionario no es sólo alimentar, sino instruir, que dicho en términos más antropológicos es transmitir conocimientos acumulados y actitudes sociales a la descendencia. En la forma y manera en que padres e hijos han ido transmitiendo estas actitudes sociales y culturales, en la forma en que se ha amantado biológica y culturalmente, una generación a la otra, esto es en la forma en que los seres humanos nos hemos ido criando unos a otros, con esta concepción de crianza en su más amplio sentido, es donde se encuentra la clave de lo que hoy somos, y es donde está la respuesta de lo que será el mañana de la humanidad.

EVOLUCIÓN DE LOS MÉTODOS DE CRIANZA Y CONTENIDO HISTÓRICO

Analizar las distintas etapas de la evolución de los métodos de crianza desde la

antigüedad hasta nuestros días no es tarea fácil. Un estudio histórico riguroso está lleno de dificultades. ¿Cuántas madres o nodrizas han dejado relatos de sus experiencias con su pequeño? En términos generales hay una orientación masculina en las aportaciones históricas, bien por padres o por maestros, y en cualquier caso se describe un niño extraordinario o se exhibe una determinada corriente educativa aplicada. Hay cierta parcialidad en los relatos y cierto sesgo hacia niños que crecen en hogares instruidos. Las fuentes históricas deben ser lo más abiertas posible cuando se trata de investigar fenómenos sociales. De esta forma un historiador comprobará la existencia del infanticidio generalizado que no es declarado delito hasta el año 374, otro hablará de las madres que sistemáticamente pegaban con palos a sus hijos ya desde la cuna, justificando su dura disciplina porque estaba impregnada de bondad hacia el niño, otro se encontrará con las madres que introducían a sus hijos en aguas heladas para fortalecerlos, sin ninguna crueldad intencional, aunque a veces algunos muriesen, y otros comprobarán cómo algunos padres enviaban a los siete años a sus hijos para servir como criados en otras casas, y ello movido por el afecto. Podría pensarse que al padre de otras épocas le faltaba capacidad de amar a sus hijos, pero esto no era así, lo que sí en cambio habría que valorar es una inmadurez afectiva del adulto al niño, no llegando a verlo como una persona distinta de sí mismo, proyectándose él mismo como adulto en el niño, o bien en función de lo que los hijos pueden deparar a sus padres, nunca lo que éstos pueden dar a ellos. Cuando Medea se queja antes de cometer el infanticidio lo hace pensando que al matar a sus hijos ya no tendrá a nadie que cuide de ella.

Las interacciones de padres e hijos a través de la historia son la fuerza central

del cambio histórico, y en ellas encontramos una dinámica psicogénica que interesa analizar en algunos aspectos:

1. Existe una presión generacional independiente del cambio social o tecnológico. El niño trata de establecer relaciones y el adulto necesita regresar a la infancia.

2. Entre adulto y niño hay una serie de aproximaciones, reduciéndose la ansiedad del adulto al acortarse distancias entre padres e hijos, siendo las prácticas de crianza de cada época uno de los medios para vencer esta ansiedad.

3. Hay en la evolución de las relaciones paternofiliales una especie de regreso a la infancia por parte del adulto buscando su segunda oportunidad para afrontar las ansiedades de la infancia.

4. Las prácticas de crianza van a ser la condición misma de transmisión de todos los demás elementos culturales a través del conducto de la infancia, informándose así la estructura psíquica de generación en generación.

Analizaremos en distintos períodos del acontecer de la humanidad algunos aspectos de ese mensaje transmitido por las generaciones a través de la infancia y de modo especial en el mundo occidental. Cómo alimentábamos a nuestros ascendientes, cómo los educábamos y educamos hoy para prepararlos a vivir en armonía, paz, libertad y convivencia, y cómo se valoraba la vida humana y como se valora hoy en una sociedad, en un mundo en el que mueren diariamente por hambre 40 mil niños, pero que todavía se escandaliza o por lo menos le cuesta trabajo comprender el llanto angustiado de una mujer a la que le han diagnosticado una anormalidad en los cromosomas o una comprometida enfermedad metabólica o malformativa en su futuro hijo.

Cuando en 1762, Jean-Jacques ROUSSEAU escribió en Emilio: *«todo es perfecto cuando sale de la mano de Dios, pero to-*

do degenera en las manos del hombre», tiene el gran mérito de poner de relieve las necesidades de los niños, abriendo las puertas a la moderna puericultura y a la futura Declaración de los derechos del Niño en el mundo que nos toca vivir. Estos derechos a beneficiarse de una protección especial, a un nombre y una nacionalidad, a una seguridad social completa, protegido contra toda clase de crueldad, abandono y explotación y contra toda práctica que lo discrimine por raza o religión, tendrán como paradoja, como piedra de choque en nuestra humanidad el derecho a consumir alcohol, tabaco y drogas, el derecho a pasar hambre y pobreza, a ser vejado y sufrir en casi el siglo veintiuno malos tratos por quienes le rodean, y también el derecho, con todas las dudas y conturbaciones que decir esto pueda traernos, a nacer tarado o subnormal pudiendo haberlo evitado.

LA CRIANZA EN LA EDAD ANTIGUA Y MEDIA

De la prehistoria nada sabemos. Aunque en muchos pueblos antiguos el respeto a la vida de los niños era nulo o escaso, sí en cambio encontramos pueblos que tras las prácticas religiosas se encierran preceptos higiénicos, el baño diario, la purificación de la mujer después del parto, la circuncisión. En civilizaciones avanzadas además se encuentran leyes añadidas a los preceptos religiosos, y así el código de Hammurabi (2500 a.C.) nos ilustra sobre los procedimientos legislativos entre los babilonios para la tutela de los huérfanos, del castigo con la amputación de mamas a la nodriza que por negligencia hubiera dejado morir al lactante. Entre los egipcios encontramos costumbres llenas de humanidad y simpatía hacia los niños. Los engendradores estaban obligados a proveer la crianza de todos sus hijos, los cuales eran considerados legítimos aunque fueran engendrados por esclavas o concubinas. La lactancia era

prolongada y las madres egipcias lactaban como norma general a sus hijos. Heródoto consideró a los egipcios como el pueblo más limpio del mundo: el baño diario, la cabeza afeitada y descubierta, los niños desnudos o vestidos con amplios vestidos de lino lavables. Entre los hebreos era prohibida la anticoncepción por motivos religiosos, los huérfanos y expósitos eran criados por cuenta del Estado, y el abandono de los niños era castigado con penas severísimas. Antes de Moisés el padre tenía derecho a la vida y muerte sobre los hijos, pero a partir de él todo padre debería deferir al consejo de los ancianos las culpas de sus hijos sin castigarlos en persona.

Entre los griegos era frecuente el sacrificio de los hijos por razón de estado o por motivos religiosos. El abandono e infanticidio eran admitidos por las leyes atenienses y espartanas. El ciudadano vivía no para sí, sino para el Estado. Licurgo dispone que por ley aquellos recién nacidos a juicio de los ancianos fueran juzgados débiles o deformes fueran arrojados por un precipicio del monte Taigeto.

Es la civilización de Roma la que alcanza una valoración mayor en los tiempos antiguos, tanto desde el punto de vista individual como social. Galeno publica normas sobre la nutrición infantil y asimismo sobre la disciplina en la primera infancia. El recién nacido era puesto inmediatamente a los pies del padre, y si éste lo levantaba entre sus brazos, el nuevo ser era reconocido como miembro de la familia, si no, el niño era muerto, vendido, o bien abandonado en las encrucijadas de los caminos o las plazas públicas. No existía ninguna ley que protegiera al niño, era considerado una simple cosa en pleno arbitrio del padre. Hay un movimiento de ideas. Aulio Gellio en sus «Noches áticas», hace decir a uno de sus personajes a una noble dama: *«¿Piensas que la naturaleza ha dado a la mujer un pecho y bellos pe-*

zones, solamente para ornamento del cuerpo y no también con objeto de que alimente a sus hijos?». Y Juvenal en sus versos, con santa indignación, casi evangélica, ataca a sus conciudadanos que se manchan con el infanticidio, y no respetan la vida del niño. Bajo el imperio de Trajano, unos 5.000 niños eran alimentados a expensas del Estado, y son muchos los emperadores que tratan de socorrer a la infancia, creándose una popularidad y a la vez luchando contra la despoblación del imperio. Desgraciadamente no fue continuada esta labor porque incluso Heliogabalo suspendió toda asistencia social y restableció los sacrificios de los niños a los dioses.

El siglo IV marca unos hechos: Se incorpora el mundo bárbaro a Occidente, la decadencia del mundo occidental es irreversible y se inicia una preocupación por los seres más indefensos. El cristianismo se va incorporando a las relaciones paterno-filiales, pero aún cuando el cristianismo pasó a ser religión oficial del Estado tras la batalla de Puente Milvio (27.X.312), el infanticidio no es declarado delito hasta el año 374.

La Alta Edad Media impregna tanto a la infancia como a la maternidad de una valoración teológica impulsada por la patrística. El más brillante de todos es sin duda San Agustín: *«Dadme otras madres y os daré otro mundo»* se expresaba; fue un atento observador de la infancia y establecía analogías entre el seno materno y la Iglesia madre. Se lucha legalmente contra el infanticidio, el aborto y el abandono, siendo la Iglesia un factor de presión para el establecimiento de leyes. Se destaca el papel de la madre en la crianza y el interés por la educación para la perfección del niño, como portador de un alma que hay que salvar. De todas formas en efectividad la valoración de la vida infantil a lo largo de este período es más teórica que práctica.

Es tal el número de niños abandonados en Roma en el siglo XII y que morían

de frío y hambre que el Papa Inocencio III (1198) funda la Casa Cuna de Roma (Osipio Santo Spirito), instituyendo el sistema del torno giratorio adosado al exterior para que el pequeño no quedara a la intemperie, avisando al personal de la casa mediante una campanilla y alejándose después sin ser reconocido quien dejaba al pequeño. Esto supuso una gran innovación que rápidamente se extendió por todas las inclusas de Europa.

Desgraciadamente la higiene individual en toda la Edad Media estuvo muy abandonada, y asimismo la literatura es escasa en este terreno.

LA CRIANZA EN LA EDAD MODERNA

El niño sigue teniendo muy poca importancia. Se le compara a mujeres necias, ancianos seniles o borrachos tambaleantes. Se les considera impuros antes del bautismo y como seres asexuales. En las familias nobles lo más importante era el sexo. El nacimiento de la princesa ISABEL, hija de Enrique VIII, se consideró una catástrofe nacional y ni él mismo asistió al bautizo.

Aparece en 1545 el primer libro inglés sobre Pediatría: El nacimiento del género humano, en el que se recoge la experiencia personal de su autor Phayre, y las aportaciones de la antigüedad. Se habla de los amuletos para las mujeres encintas, de una silla para partos, de la fiebre puerperal y septicemias, que fueron causas de muerte de tres mujeres de Enrique VIII (Isabel Platagenet, Juana Seymour y Catalina Parr).

Es curioso que no se permitía la asistencia al parto de hombres y el Dr. Wertt de Hamburgo en 1522 se vistió de mujer, y descubierto fue condenado a la hoguera. Hasta mediados del siglo XVI no entraron los hombres en las salas de parto. La aparición del forceps, ideado por Chamberlain, aceleró este proceso para que los

hombres ayudaran a dar a luz. Al recién nacido se le faja y venda bien envuelto para que crezca erguido, evitando deformidades, y su amuleto será el coral.

El Dr. John Jones aconseja la cuna, evitando así la cama común con la madre, pero no acunar con fuerza pues puede acelerar el vómito.

Hay instrucciones referentes a la alimentación: la leche de madre la mejor y más saludable, pero si no recurrir al AMA de leche, examinando pecho, pezones y leche. Los niños son criados en casa, pero los de padres acomodados son enviados con el ama a vivir al campo.

Sigue practicándose el infanticidio por diversos medios: la sofocación en la cama, en una pila de estiércol, en un arcón del dormitorio.

En lo referente a la educación y sus métodos en este período, hay una base religiosa centrada en la figura de Jesucristo, pero las escuelas primarias empiezan a dejar de estar en manos del clero exclusivamente. La disciplina y la obediencia son la base de la educación. «*Prescinde del castigo y malcriarás a tus hijos*» y otra frase pedagógica de la época dice: «*Quien no ama la vara odia a su hijo*».

Hobbes considera que el niño no es que sea perverso ni culpable, pero dice que le falta el uso de la razón y por eso no son responsables de sus actos.

En la Francia del s. XVII el vínculo de la lactancia se considera fundamental. La madre, con su amor y sus cuidados, siempre será la mejor nodriza, y Mauriceau afirmaba que suprimir el pecho era como una especie de aborto, y dar de mamar como si se diera a luz, comunicando por medio de la leche unas cualidades casi mágicas que comparten el lactante y la madre o nodriza.

Se valora una buena nodriza, como una joya que no tiene precio y en las familias ricas pasa a formar parte del hogar.

De gran interés es el diario de Heroard, médico del Delfín, futuro Luis XIII, que anotaba minuciosamente datos personales desde el nacimiento a los 26 años. Así describe el marasmo en que se encontraba su cliente a los 10 meses, con sus músculos atrofiados, su papada, la piel frágil y débil, aconsejando a la familia real las condiciones para elegir una buena nodriza, y mantener la lactancia dos años, para luchar contra la elevada mortalidad infantil que se estima en un 25-75 %. Anota el interés del Delfín por el desarrollo fálico y cómo invitaba a sus cortesanos a los 14 meses para que le besaran el pene. Cuando interrogaba ¿de dónde vienen los niños? se le explicaba que la inseminación y nacimiento se realizaba a través del oído.

Característica de la época sigue siendo el uso de fajas, para evitar que el niño ande así a cuatro patas regresando al estado animal, y además evitar dislocaciones, y se mantenían 12/13 días para los brazos, y para las piernas y tronco unos nueve meses. El problema de la lavandería de estas vendas que habría que cambiar continuamente se realizaba con vino, vinagre, agua de rosas.

En la región de París se usaba en la cabeza de los lactantes una bandeleta (cercle), que alargaba las cabezas, aumentando el diámetro antero-posterior del cráneo, lo que hacía fácilmente reconocibles a los parisinos, que implantaban esta moda, aun cuando el origen era para evitar que les entrara frío por la cabeza.

En el diario de Heroard se describe la preocupación por la evacuación y control de esfínteres, uso de calzones especiales, orinales, empleo de enemas, supositorios, acompañando todo esto de ansiedades nocturnas y rezos del Delfín para que no le hicieran daño. También cita Heroard que el Delfín llegó a copular a la edad de 8 años, y sin saber por supuesto lo que hacía, por vía anal con niños, quizás estas prácticas fueran fomentadas por cortesanos que veían un modo tal de diversión.

Se enseñaba a los niños en andadores a perfeccionar su manera de andar, sobre todo en familias ricas, más o menos pudientes. En los retratos de la época es común encontrar a los niños pobres sentados, en cambio a los pudientes de pie.

El destete tenía lugar a los dos años, anota Heroard que el Delfín exclamó «adiós querido pecho, ya no te veré más». Solía hacerse progresivamente recomendándose la mostaza en el pezón para que lo rechazara. Cuando aparecían los primeros dientes se consideraba la señal para iniciar los alimentos sólidos.

El miedo era fomentado como método educativo: el albañil gigante que te llevaría, la castración si tocaba el pene, la amenaza de los azotes y la vara y crear un sentimiento de culpa ya desde muy pequeños. Se habla del Colegio de Port-Royal para niñas que a partir de los 4 años seguían un horario riguroso al servicio de Dios.

En el contexto demográfico del siglo XVII eran muy pocos los niños que alcanzaban la edad adulta. Se procuraban matrimonios muy jóvenes y engendrar hijos lo antes posible, y en caso de viudez las nuevas nupcias se contraían rápidamente. En los niveles más inferiores de la sociedad francesa el matrimonio se contraía más tardíamente.

Hay una potestad casi absoluta del padre sobre la familia, citándose incluso condiciones en las que un padre podía eliminar a un hijo no deseado, para lo cual no era infrecuente el empleo de laudano o entregarlo al cuidado de nodrizas desconocidas e incontroladas, y cuando se habla del deseo de tener hijos se refiere únicamente a hijos varones.

Hay un renacimiento religioso, con una preocupación mayor por los niños abandonados, acogidos en monasterios y por órdenes religiosas, como las Hijas de la Caridad de Luisa de Marillac, pero con-

trasta ello con la explotación a que eran sometidos en otras ocasiones vendiendo niños a los mendigos, y rompiéndoles brazos y piernas para que pidieran limosna.

El vínculo entre padres e hijos es más fuerte, pero más entre almas que entre cuerpos, siendo frecuente el rechazo o falta de amor, del que se beneficia algún hijo sobre los otros. El predominio del individualismo familiar se compensa con la intervención estatal para evitar la explotación de los indefensos, siendo en la educación donde más se reduce la potestad del Estado, llegando a las familias modestas la Escuela Primaria, y las órdenes religiosas con fines educativos se multiplican con un creciente interés por la enseñanza de los niños.

Es de destacar en este siglo el descenso de la tasa de fecundidad en la familia inglesa, difundándose la anticoncepción. La asistencia obstétrica en general se realiza por comadronas que tienen una licencia eclesiástica que otorgaba el Chirurgeon's Hall, atendiendo en domicilio o en silla especial. El juramento de estas comadronas que tienen una licencia eclesiástica, trataba de proteger la vida del recién nacido: no usar abortivos, no enterrar clandestinamente, no usar brujería y no entregar al niño al ama de cría pues la mujer que se niegue a amamantar es como la que mata a un hijo concebido. Si no puede criar la madre, se contratará una nodriza, siguiendo normas para la elección. Es curioso que fueran desaconsejadas la pelirrojas.

Preocupa el control de esfínteres, no dudando en avergonzarlos o atemorizarlos pero no maltratarlos. Tampoco se aconseja el trabajo duro de los niños a los 6/7 años pues se detendría el crecimiento y quedarían enanos.

Los azotes maternos y en la escuela son utilizados: «*Prescinde del castigo y malcriarás a tu hijo*». Se trata de mantener la disciplina familiar, inculcando el com-

portamiento cristiano, siendo un medio el castigo corporal. Los padres deben ser considerados como portadores de la paternidad de Dios, y se les debe respeto y reverencia, por lo que se les debe mantener distanciados para evitar irreverencias. La amabilidad y la ternura serán una recompensa.

Hay un despertar científico de la medicina, preocupan las lombrices, la falta de leche, el frenillo lingual como causa de lengua trabada. Preocupa el parto y la enfermedad hasta en los libros de oración.

La educación es el antídoto de la corrupción. El alma del niño es un papel en blanco, que no conoce el mal. No se debe ceder a la voluntad del niño, distinguiendo entre caprichos y necesidades.

Se tolera el infanticidio pero sólo en los hijos bastardos. La ansiedad ante la enfermedad y la muerte se racionaliza por la religión: «*Cristo me los dio, se los lleva*».

LA CRIANZA EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA

Hay una toma de conciencia sobre las prácticas de crianza. Son muchos los gobiernos que empiezan a preocuparse por reducir la elevada mortalidad infantil buscando sus causas: el clima, asistencia médica deficiente, dietas inadecuadas y sobre todo la poca importancia e interés hacia los niños y su crianza.

La filosofía de la Ilustración trajo a los países europeos y a la cultura occidental la posibilidad de la felicidad humana. Se busca el interés por el bienestar, tratando de persuadir a las madres para que críen a sus hijos y a los padres para que se acerquen a ellos, que jueguen con ellos. El interés por los niños es interés por el progreso.

Podemos considerar a Rousseau como el padre de la puericultura con el mérito de poner relieve en las necesidades de los niños, exhortando a las madres la crianza,

reprobando el uso de fajas y el castigo corporal.

Contrastan los consejos franceses que dan impresión de blandura, con los ingleses. El castigo corporal: palmeta, correas de cuero, azotes y fusta eran más utilizados en Inglaterra; de todas formas el «*Livre de famille*» francés, aconseja la necesidad de que el niño se dé cuenta de una voluntad más fuerte que la suya.

En lo que se refiere a, los cuidados del recién nacido, la asistencia obstétrica se realiza por varones en un 35 %, y se sigue dando preferencia al nacimiento de varones sobre niñas. El Ama de cría estuvo más de moda en el continente que en Inglaterra.

Hay una obsesión victoriana sobre el estreñimiento y la masturbación, castigándoles con duchas frías, comidas con excrementos, realizar la circuncisión y clitoridectomía. Ya a principios del siglo XX el Dr. Moll publica que este tema debe dejar de ser obsesivo.

Se contraponen las teorías de Rousseau: «*El niño nace bueno*», con las de Hannah More: «*Los niños nacen malos y hay que quebrarles su voluntad*». Estas dos actitudes persisten todo el siglo XIX.

Hay ejemplos de padres tolerantes y otros en cambio tiranos y obtusos. Se va creando un nuevo estilo de familia de tal forma que el hijo piense que el hogar es el lugar más feliz del mundo. Que la madre sea maestra de sus hijos y que el padre sea compañero en sus juegos.

Los gobiernos siguen en su creciente interés por el bienestar de los niños; la escuela privada dio paso a la escuela pública, luchando contra los principales enemigos del niño: la pobreza y la ignorancia. El niño no será tratado como un adulto pequeño, ni como esclavo de sus padres, sino como niño.

Las pautas de conducta van modificándose. De la obediencia, la sumisión y el

despotismo de los padres, que incluso elegían la carrera, el oficio y el cónyuge para sus hijos, se abre paso un sentimiento de autonomía que es fiel reflejo del cambio social. Cuando el hombre empieza a ser consciente de su libertad y de vivir su libertad, clave de la ideología revolucionaria francesa, se abren unas nuevas perspectivas. Cuando los padres perciben su propia autonomía les será más fácil tolerar la autonomía y libertad de sus hijos, y así surgen a nivel social los conflictos con los valores tradicionales de la sociedad, que llevarán a un cambio de culturas y de sistemas, como el que se alcanzó en Rusia con la revolución de octubre.

La transición del siglo XIX al primer tercio del siglo XX, ve la desaparición de la figura del ama de cría. En Inglaterra el aya era la persona encargada de bañar, vestir y vigilar al niño, pero sin ser ama de cría, pero creándose vínculos muy fuertes. En cambio en el continente europeo, en Francia y en nuestro país, las familias pudientes contrataban los servicios de una nodriza. No podemos dejar de silenciar aquí los servicios que en este terreno proporcionó la mujer montañesa, y que tan bien conocemos a través de la literatura costumbrista y publicaciones literarias y artísticas de la época.

Bretón de los Herreros nos relata: «*El litoral de nuestro océano cantábrico provee en su mayor parte a Madrid de esta humana mercancía, cuya casta más aventajada se produce en el famoso valle de Pas, de donde se deriva el nombre de «pasiegas» con que designamos a todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que proceden del Vierzo o de los montes de Oca. Pero haya pacido las hierbas del Septentrion o las del Oeste de la Península, es forzoso que la nodriza sea montañesa para aspirar a la honra de dar teta al mamón que nació en dorada cuna*». Varios poetas románticos del siglo XIX se ocuparon de exal-

tar las virtudes de estas «jampudas» (rollizas) montañesas, así como su rostro de color encendido. Muy bien las describe el escritor y poeta Amos de Escalante: *«La nodriza montañesa es, por punto general, honrada, poco novelesca y amiga de aventuras. Déjase deslumbrar a veces por el mimo y regalo con que se ve tratada, delicias a que no vivió acostumbradas la infeliz, y puede, en un momento dado, ensorbecerse y olvidar de dónde viene y cuál es su verdadero empleo y sus deberes»* y añade comprensivo: *«Qué hombre de más alta condición, entendimiento y principios, no cae en igual flaqueza, cuando esperada o inesperadamente sube a superiores alturas»*.

La contratación del ama de leche se hacía de antemano, pero había mujeres que iban a la ventura y arrastraban las consecuencias de la especulación. Era la Plaza de Santa Cruz en Madrid el lugar de oferta y demanda, y mientras sí y no, acudían madres menesterosas necesitadas porque sus pechos se secaban, implorando la caridad de las pasiegas, que tampoco ganaban nada sin su capital sin circulación, y así estos pequeños eran pasados de unas a otras que los alimentaban sin asco alguno.

Las amas de cría que se pagaban más eran las pasiegas, después las demás de la Montaña, seguían las de vascongadas y a continuación las asturianas y gallegas.

Teófilo Gautier en su «Viaje por España» dice en una de sus páginas: *«En la sala que comíamos una mujer corpulenta, de aspecto de Cibeles, se paseaba de largo llevando bajo el brazo un cestillo oblongo cubierto con una tela, y del cual salían unos débiles lamentos aflautados, muy semejantes a los de un niño pequeño»*. Aquello me intrigaba mucho, porque la cesta era tan pequeña que sólo podía contener un niño microscópico, un liliputiente propio para exhibirle en una feria. El enigma tardó poco en explicarse: la nodriza —pues esto era aquella mujer— sacó

del cesto un perrillo canelo, se sentó en un rincón y dio gravemente el pecho a este mamoncillo de un nuevo género. Era una pasiega que se dirigía a Madrid a criar y se valía de aquel medio para no quedarse sin leche».

No todas las pasiegas solicitadas para nodrizas tuvieron consentimiento tácito de sus maridos, algunos temían que se «enseñoreasen», y así cantaba la copla:

*No vaigas a los Madriles
si quieres que yo te quiera
que golveras señorita
y yo te quiero pasiega.*

Otros en cambio se estimulaban por el futuro bienestar:

*Aunque nunca el chicuzu
se encuentre harto,
güelve tu pasieguca
con muchos cuartos.*

Desde la Plaza de Santa Cruz previo ajuste o por recomendación, la pasiega pasaría a una casa de familia opulenta, o de un Grande de España, o hasta el mismo palacio Real. Durante años tocó a la Montaña dar nodriza a los príncipes españoles. Dos médicos de Palacio recorrían los valles examinando a las candidatas, que no eran escasas, pues la elección para la crianza de un regio vástago suponía la fortuna de la familia entera. La selección final se realizaba en Palacio, al presentarse a la voluntad de los Reyes. Las condiciones eran muy exigentes. Así para la nodriza que había de criar a Alfonso XIII se requería: 1) De 19 a 26 años. 2) Compleción robusta y buena conducta moral. 3) Estar criando el 2.º o 3.º hijo. 4) Leche, lo más de 90 días. 5) No haber criado hijos ajenos. 6) Estar vacunada. 7) Ni ella ni su marido habrán padecido enfermedades de la piel. 8) Será condición preferente, que la ocupación de su marido sea la del cultivo del campo.

Con su traje de pasiega llegaba a la Corte, enriqueciéndolo después con tercio-

pelos, botones y alamares de filigrana, monedas de plata, de tal forma que llegaba a convertirse en una rica prenda femenina, tal como se ve en retratos y cuadros de la época, que acaban difuminando el perfil pasiego por su riqueza como puede apreciarse en los vestidos de las nodrizas de D. Juan de Borbón y de D.^a M.^a Cristina, hijos de Alfonso XIII.

Nodriza pasiega, ya un trozo de historia de la crianza y cantadas y descritas con mimo por escritores franceses, ingleses y españoles, portando en sus cuévanos «*hermosos y robustos niños rubios como los querubines de Murillo*» tal como relata Lieut, escritor inglés, y tal como relata García Lomas en el final de sus versos:

*Amas de mis vallis
y de mis aldeas
clavellinas bruñias y suavis,
violetucas pintadas de la sierra
¡bien balla el resuellu
y el vigor empapau de ternezas
que injertais al chicuciu postizu
que vos jala unos mesis la teta!
¡Por eso vos buscan,
por eso vos llevan
los señoritangos
con sayal de sea!
¡Por eso vos lucin
con tanta fachenda
por callis, por plazas
y por alameas!*

LA INFANCIA DE HOY PARA EL MAÑANA

Y el ama de leche es ya hoy un recuerdo histórico y añadimos, afortunadamente es un recuerdo histórico; nunca jamás una madre abandonará a su propio hijo y a su propia familia para dar su pecho, para vender su pecho. Visto en nuestro contexto la lactancia mercenaria supone el resultado de una injusta situación social tan inaceptable y tan recusable como la explo-

tación del niño en el trabajo o la humillación y los castigos corporales.

Así llega la crianza de los seres humanos a nuestros días. El niño de hoy como el de ayer y el de mañana seguirá siendo socialmente un ente receptor de diferentes influencias de acuerdo con la cultura en la cual ha nacido, y aunque hay pruebas evidentes de diferencias individuales de origen genético, serán las expectativas de los adultos y sus prácticas, reflejadas en las culturas diversas, las que van a camuflar y diferenciarán las similitudes que inicialmente existen en todos los niños.

Si cuestionamos cómo se realiza hoy la socialización de nuestros niños no nos basta contemplar la imagen romántica de la madre aislada, con su hijo en brazos en un círculo cerrado, pues aún colmándolo de atención y cariño, nada nos dice de la realidad de la familia inmediata, ni de la comunidad que los circunda, puesto que hasta lo que ocurre en los lugares más distantes del mundo pueden tener efecto sobre la seguridad y salud de ambos.

Comparando la existencia de la niñez en dos sociedades desarrolladas de nuestra civilización, el caso de Estados Unidos y Rusia, las diferencias también vienen marcadas por los valores culturales de cada país. En Rusia, es la escuela el centro de lealtad para con el grupo, sobre el que se reflejan las normas dictadas por el profesor con un ideario básico de la sociedad soviética. Se comprueba de esta forma una llamativa uniformidad de creencias y comportamientos en los jóvenes de todo el territorio ruso. En Norteamérica el énfasis se centra más a la individualidad y en el efecto socializador del grupo de igual edad y menos en las normas influenciadas por el adulto.

Sería aventurado y tampoco se pretende, juzgar un método más natural que el otro, lo cierto es que los niños se sentirán más a gusto, más en casa, dentro del siste-

ma en que hayan sido socializados y que después les sirve para prepararse para la vida como adultos.

La infancia es el período de la vida en el que los seres humanos aprenden algo del entorno adulto total en el que ha nacido, y así se prepara a ocupar su propio lugar en él. Un ambiente social pobre, un suburbio marginado en una gran ciudad, el objetivo es que el niño traiga pronto un salario a casa. A bien poco se reduce la infancia, casi podríamos decir que ni existe infancia. En un orden contrapuesto, en los países occidentales, con un alto predominio del desarrollo tecnológico, estamos asistiendo a la aparición de un niño también sin infancia, pero por otros derroteros. Este fenómeno es analizado por Packard en la sociedad norteamericana y lo refleja en estas cifras: sólo el 5 % de los niños ven a un abuelo con regularidad. Casi el 50 % viven parte de su vida en un hogar en el que sólo estaba la madre o el padre; sólo una minoría de las familias cenar alrededor de una mesa, la mitad lo hace ante el televisor, y la tercera parte de las escuelas norteamericanas causan daños psíquicos a sus alumnos. Apunta Packard que el niño más sano es el que vive en una comunidad pequeña, con padre y madre, un sistema escolar que no lo presione y que a la vez le ayude, y que sólo vea cinco horas de televisión el fin de semana. La mayoría de los niños no pueden acceder a esta especie de paraíso, pero la sociedad actual, debe evitar que los niños salten la infancia, la época más formativa del ser humano, que pasen por ella sin

enterarse, que no sean víctimas de la pobreza y el hambre, pero tampoco de la injusticia, la violencia y el abandono.

Los padres, una generación tras otra afirman que sus hijos no son como eran ellos en su infancia, y en vez de ser sumisos y obedientes, son rebeldes e irrespetuosos, aceptándose esta rebeldía como una afirmación de la propia personalidad, pero hoy la preocupación se centra más al ver cómo el niño antes ignorante en las cuestiones de los adultos, ahora está al corriente del sexo, la violencia, la muerte, el miedo, la corrupción política y hasta la inestabilidad económica. Los niños son empujados a la entrada brusca en la vida de adultos y ante esta situación, con las situaciones conflictivas conyugales y laborales, los padres optan por dimitir, lo más fácil en una situación de crisis y en vez de buscar soluciones, se busca el refugio en los programas de la televisión.

La ambivalencia de nuestra sociedad ofreciendo por un lado una carta modélica en los Derechos del Niño, contrasta con la dura realidad de 40 mil muertes diarias de niños en los países sin desarrollar, donde el hambre hace estragos y éste es un reto para toda la sociedad. Habrá que conseguir reducir la elevada mortalidad infantil, pero como decíamos al principio, la crianza de los seres humanos se escapa de la simple consideración nutricional y de la aséptica instrucción. El gran reto de la crianza es conseguir que la infancia sea vida de una forma plena y que en ella se refleje una sociedad más sana, más justa y más libre.

BIBLIOGRAFIA

1. BEALS-HOGER: *Introducción a la Antropología*. Aguilar, 1981.
2. CRUZ, M.: *Tratado de Pediatría*. Espasa, 1983.
3. GARCÍA LOMAS: *Los Pasiegos*. Estudio, 1977.
4. LLOYD DE MAUSE: *Historia de la Infancia*. Alian. Univ., 1982.

5. MAHLER: *Salud del niño, riqueza del mañana*. Día M. Salud, 1984.
6. MASSE: *Pediatría Social*. Ed. Labor, 1979.
7. TONI (DE): *Manual de Puericultura*. Ed. Pubul., 1941.
8. TUCKER, N.: *¿Qué es un niño?* Ed. Morata, 1982.
9. *El niño sin infancia*. Medicina y Humanidades. Doyma. Abril, 1984.
10. *Aspectos Científicos del Aborto*. C. Médico Balears, 1983.